

La casa está ardiendo

¿Desde cuando arde la casa? ¿Cuánto tiempo hace que se quemó? Ciertamente hace un siglo, entre 1914 y 1918, ocurrió algo en Europa que arrojó a las llamas y a la locura todo lo que parecía permanecer íntegro y vivo; luego otra vez, treinta años más tarde, el incendio se reavivó por doquier y desde entonces no deja de arder, sin tregua, susurrante, apenas visible bajo las cenizas. Pero quizá el incendio ya había comenzado mucho antes, cuando el ciego impulso de la humanidad hacia la salvación y el progreso se unió al poder del fuego y las máquinas. Todo esto es conocido y no sirve de nada repetirlo. Más bien, hay que preguntarse cómo hemos podido seguir viviendo y pensando mientras todo ardía, qué permanecía de alguna manera íntegro en el centro del fuego o en sus márgenes. ¿Cómo hemos sido capaces de respirar entre las llamas, qué habíamos perdido, a qué escombros o a qué impostura nos hemos aferrado? Y ahora que no hay llamas, sino sólo números, cifras y mentiras, estamos ciertamente más débiles y solos, pero sin posibles compromisos, más lúcidos que nunca”.

“Cuando la casa se quema. Giorgio Agamben. Adriana Hidalgo Editora. Madrid 2022.

Queridos colegas, compañeras y compañeros de oficio, este escrito pretende servir de argumento adjunto a una propuesta que he realizado para la asamblea de diciembre de 2022, que se presenta ahora, y que no es otra que la de convocar un espacio de trabajo conjunto (jornadas de comisiones de trabajo o también podría llamarse congreso local) de todo el colectivo de arquitectos y arquitectas de Sevilla para reflexionar, debatir y plantear posibles soluciones a la terrible situación en la que el desarrollo de nuestra profesión ha desembocado en el período de los últimos veinte años.

Esta propuesta está motivada por los perjuicios que han ido acosando el ejercicio de la profesión libre (como estudio pequeño) fundamental para el sano y bien construido desarrollo de nuestras ciudades y en concreto la de Sevilla.

Por mucho edificio significativo realizado con excelencia que se construye, sea o no con la intención del reclamo de inversión y turístico, la ciudad de Rossi, la de nuestros abuelos, la ciudad histórica (que por cierto es el principal motor de atracción a estas hordas de euros que provocan por su influjo un paisaje y un resultado a veces desolador, a veces inhumano), la de las calles de los barrios de ordenanza suburbana, ese sumatorio de gotas que forman el océano de la urbe, es lo que dignifica, configura y da cohesión a la misma.

Es el desarrollo humilde, silencioso de cada vivienda o conjunto de viviendas, su agregación en la construcción de la calle y el paisaje urbano, el desarrollo de los pequeños espacios públicos, de los pequeños conflictos vecinales y civiles, que requieren soluciones al detalle, lo que constituye la ciudad. La ciudad que habitamos y que habitará nuestra descendencia.

Pero entiendo que esta pueda llegar ser una opinión muy personal y más que discutible y no se trata de plantear un debate en torno al espacio urbano, ni a los fundamentos relativos a la profesión de arquitecto y arquitecta, ni sobre la propia arquitectura. Sobre estos asuntos siempre han existido espacios y foros, más o menos endogámicos, para pensar sobre la ciudad, la patrimonial heredada y

la de nueva planta que plantea nuevas trazas y condicionará el crecimiento de la misma. Momentos muy prósperos en cuanto a diversidad de reflexiones, pero quizás muy yermos en cuanto a soluciones.

Quizás una de las cuestiones a debatir y a resolver sea la de conseguir que esos espacios de reflexión sean constituyentes, que dejen huella en la ciudad. Uno piensa en los CIAM, en el TEAM X y ve que, aunque fuese en grupos reducidos, hubo un trabajo colectivo, generacional y común que enfrentaba los retos y problemas de cada época. De esos grupos de trabajo surgieron las improntas más importantes que marcaron el desarrollo de las ciudades en el futuro.

Si algo ha caracterizado a la figura de arquitecta y arquitecto es la de cierto pensamiento humanista (que es conocimiento integro e integrador y no solo experto y mucho menos especializado) para la mejora de las ciudades y su vida en ellas.

La crisis que sufre la profesión, no es un fenómeno aislado, eso a estas alturas lo sabe ya cualquiera, es una crisis sistémica que por su ritmo urgente y desbocado casi no deja tiempo para organizarnos, pensar juntas, responder ante tal hecho, pero... **la casa está ardiendo** y debemos decidir entre dos opciones: si quedarnos impasibles aceptando el inevitable desastre (sería una actitud) ya sea corriendo despavoridos o quedándonos apresados dentro del incendio, o bien intentar reducirlo y tratar de salvar el edificio antes de que sea pasto de las llamas, si no fuera aún demasiado tarde.

La casa que arde es la profesión del arquitecto como profesional libre tal y como se ha conocido hasta ayer y ello afecta también inevitablemente al papel que juegan los colegios de arquitectos, no solo en relación a la ciudadanía y la imagen de los arquitectos hacia la ciudad sino de cara a los intereses y derechos de los propios profesionales que ejercemos una profesión que resiste una brutal reconversión desde hace dos décadas.

Al igual que se vivió una época de reconversión industrial (viene al recuerdo el cierre de los astilleros de Euskalduna en el otoño de 1984) así está ocurriendo con el ejercicio de la profesión de arquitecto solo que aquí nadie protesta, no hay conflicto, no tiene repercusión mediática. Con el pan no se juega y en aquella época volaron tuercas del tamaño de galletas. Finalmente, Bilbao y esa zona privilegiada de la ría devino ciudad turística, pero en sus calles se luchó hasta perder el aliento.

No hablamos solo de la inacabable crisis económica y el desequilibrio económico que está haciendo desaparecer la clase media y concentrando la riqueza en una clase pudiente cada vez más reducida, hablamos de la falta de concursos públicos (no hablemos ya de los tan necesarios para la calidad de la ciudad como los inexistentes concursos de ideas), de la imposibilidad de presentarse a ellos por la actual ley de contratos del sector público (2017), de la bajada en los honorarios en el mercado por liberalización de los mismos provocando una competencia desleal del mismo cuerpo de colegas, también por lo que Richard Sennett llama la *burocratización de los oficios* que ha hecho del contenido de los proyectos una carga de trabajo que hace no rentable los honorarios cobrados aunque estos sean bajo honrosos baremos del COAS, unos baremos que no son “oficialmente” planteables y que datan del 2007, hace 15 años ya, por no hablar de los grandes atascos que la tramitación de licencias en la Gerencia de Urbanismo genera con los consiguientes problemas con los promotores.

En 1985 una persona de clase media como por ejemplo un ATS podía hacerse una casa (con proyecto de arquitecto) de unos 250 m² con un patio de 80 m² por unos 72.000 €, en un barrio obrero, por ejemplo el Cerro del Águila. Una buena casa. Hoy día en ese mismo barrio es difícil que el PEM de una casa así baje de los 280.000 €. En 37 años se ha multiplicado por cuatro (x4) el coste de la construcción.

Esto de todos modos es coyuntural y tiene que ver obviamente con la crisis sistémica de la que hablaba y puede que sobre la situación económica de los tiempos igual no podemos influir mucho desde nuestra mesa de trabajo, pero resulta inevitable hacerse la siguiente pregunta:

¿por qué el conjunto de arquitectos estamos tan disgregados que no hacemos frente común a los problemas que la época nos plantea?

Respuestas lógicas hay muchas y puede que algo perverso se de en esta hermandad en la que todas y todos somos colegas y sufrientes de una misma realidad, pero al mismo tiempo también competidores y eso es algo que cualquier mente sensible podía percibir por los pasillos de los años de escuela.

Tampoco hablamos del gran número de titulados y la escasez de trabajo. Los mayores males que padecemos son otros y según me parece es clave atacarlos entre todos. Acabar con el ostracismo quijotesco de cada arquitecto y arquitecta en su estudio.

Uno puede pensar que, para afrontar y resolver nuestros problemas, para eso está el Colegio de Arquitectos, pero no debemos olvidar que el colegio no es más que una representación del colectivo (un colectivo que progresivamente va siendo más antagónico), una Junta de Gobierno que poco puede hacer si no hacemos uso del espacio de la Asamblea. Y por lo que he podido comprobar en los últimos 4 años, a parte del culebrón del anterior decanato y la falta de acuerdo con los nuevos estatutos, la asamblea no es el espacio (por tiempo y por espacio) para plantear un estudio profundo de los problemas que nos acosan.

De todos modos, estos males que enfrentamos no son locales (tampoco se le escapa a nadie) sino que se dan en todo el territorio.

Habrà quien piense que, esto es lo que hay te guste o no, y que o te adaptas o sucumbes. Un querido y admirado colega jubilado ya, el arquitecto Oscar Rodríguez, me dijo una vez que los arquitectos somos saltadores de vallas y una más que nos pongan, allá que vamos a intentar saltarla.

En un interesante debate sobre un posible concurso parcial (de interiorismo) de la sede del COAS, que se generó este invierno pasado tras la charla magistral de sus arquitectos Gabriel Ruiz Cabrero y Enrique Perea Caveda pude entender que el conflicto de opiniones que cuestionaba la decisión de la Junta del COAS de convocar un concurso para remodelar la sede por obsolescencia del edificio, era más bien por la obsolescencia de la propia profesión, y también por ello de la institución colegial misma.

Hay quienes, de manera reformista, a lo Gatopardo de Visconti, quieran ver como buena solución el que todo cambie aparentemente para que todo siga igual. Esa máxima darwiniana que tanto bien hace a los intereses de esta época de consumo y competitividad: la supervivencia del más apto y en casos extremos la del más fuerte.

La capacidad adaptativa y competitiva que se ha exigido a este oficio en los últimos veinte años, está culminando en lo que Josep Quetglas ya vaticinara en sus escritos colegiales en 1972. Hace ya 50 años. La formación en las escuelas de arquitectura no era tanto ya la de la formación del profesional liberal que como artesano y técnico cuidaba (y no tanto controlaba) el proceso y desarrollo de la arquitectura y del hábitat urbano sino la de especialización como mano de obra (también barata por qué no decirlo) en empresas donde los valores que mueven las decisiones y los fines se han ido “adaptando” de manera “ágil” a las demandas de rentabilidad del mercado.

Que para el capitalismo y sus fines todo era cuestión de números ya lo dijo hace un siglo Lewis Mumford en su libro Técnica y Civilización,

Soy consciente de que mi narrativa no puede representar todo el crisol de perfiles de profesionales que pertenecen actualmente al cuerpo de colegiados. Tampoco lo pretendo.

La cuestión fundamental, no es si yo puedo, sino es:

¿puede el COAS representar los intereses de este crisol de perfiles? ¿se puede representar al mismo tiempo a los arquitectos que dirigen una empresa como a los asalariados o falsos autónomos (por qué no evidenciar lo que en la calle es una regla general) que trabajan y desarrollan trabajos específicos para ella?

¿Puede el COAS salvar o ayudar a salvar, rescatar, o apagar el fuego de la figura del arquitecto como profesional libre?

Vengo hablando, desde hace años ya, con compañeros y compañeras, muchos de ellos de reconocido prestigio (sudado en la sombra como siempre ha sido así) y no obstante la sensación es que no es una cuestión atlética, ni de agilidad, ni de fondo económico, cuidar los proyectos y sus procesos, no solo no es rentable, sino que va siendo cada vez más imposible.

No soy economista, pero me atrevo a decir que se podría estudiar el modelo de negocio y la tradicional oficina integrada por uno o dos arquitectos, con dos o tres colaboradores, un aparejador y una persona que haga de administrativo no es sostenible con la media de los trabajos que la ciudad ofrece. Cualquier bar de barrio con cinco o seis camareros facturan mensualmente más que el grueso de los estudios colegiados. No hablo, por supuesto, de quienes ya tengan una cartera estable de clientes o quienes tengan la gran suerte de acceder a grandes encargos sean privados o públicos.

Cualquier modelo de estudio, cualquier perfil es necesario. Cualquiera puede volcar su experiencia y su visión en este Congreso de carácter urgente. Un espacio de trabajo y reflexión que nos sirva para replantear los distintos frentes que nos interpelan y que como digo suponen una reconversión de este oficio y sin perder el norte, con el principal fin, de cuidar la arquitectura de nuestro tiempo en esta ciudad que también consideramos nuestro campo de trabajo.

La arquitectura es un acto de cuidado. Un cuidado por cualquier actividad vital humana y por tanto, la arquitectura debe estar en todas partes.

Pido finalmente tu apoyo y participación para organizar este congreso de arquitectura en Sevilla en torno del tema propuesto:

“el estudio de arquitectura presente y futuros posibles.”

Gracias de antemano . Nos vemos en la próxima asamblea.

Darío Mateo Berciano. Colegiado nº 6.595